

PETAIN Y EL CASO DE LOS CADAVERES ERRANTES

El cadáver del mariscal Pétain ha sido robado de su tumba. Es un caso más entre los ya numerosos casos de cadáveres políticos errantes, transportados, utilizados, secuestrados. Es, podría decirse, una política de tumba abierta. Probablemente, el más popular de todos estos cadáveres errantes sea el de Eva Duarte de Perón, que ha recorrido ya clandestinamente varios países, y se sacó a luz pública recientemente para ayudar a la política peronista. Debe estar aún en la casa del general, en Puerta de Hierro. El de Mussolini fue también robado, como el de Pétain; antes, los americanos le habían quitado el cerebro para realizar estudios científicos.

En los países donde la doctrina dominante es el materialismo científico existe también esta misteriosa atracción por el cadáver-reliquia. El de Lenin está embalsamado, en una urna de cristal, en la Plaza Roja, de Moscú: desde hace casi medio siglo hay continuamente una larga fila de personas que diariamente desfilan ante él. Cuando murió Stalin fue embalsamado y colocado junto a Lenin, pero las variaciones políticas posteriores hicieron que su cuerpo se llevase, bajo tierra, a una tumba más modesta. Más que un castigo «post mortem» se trataba, esencialmente, de evitar que se convirtiera en un centro de culto de los estalinistas. Se ha hablado también de la oferta de un gran rescate, por parte de Fidel Castro, por el cadáver del «Che», que fue rechazada; pero se dice que se conserva una de sus manos, convertida en reliquia laica.

El cadáver de Caamaño ofrece también un misterio en la actualidad. Se dice que el dirigente de la izquierda dominicana fue muerto hace mucho tiempo, y su cadáver, congelado, para presentarlo en el momento oportuno; ahora, en un momento en que al Gobierno le convendría darlo por muerto en las guerrillas, se ha extraído del hielo y se le ha presentado como recién muerto. Hay versiones también que dicen que el cadáver actual no es el de Caamaño, y que lo único que ha mostrado el Gobierno son fotografías antiguas.

No hay política más conserva-

dora, naturalmente, que la que se basa en cadáveres. Entronca con sentimientos primitivos de detener la descomposición de la muerte y contener la evolución del tiempo, que debe quedar fijo en el instante histórico que representó el gran muerto. Las momias egipcias o las incas, las absurdas reducciones de los jíbaros y, de una manera figurada, las estatuas o monumentos del mundo entero, representan ese intento de conservación. ¿Es solamente el culto a los muertos propio de nuestras

dos los medios posibles para la conquista del poder. Los grandes cadáveres son uno de ellos. Es una forma de la necrofagia —en sentido metafórico—, como la que tanto se ha debatido en torno al caso del avión de los Andes: los vivos se alimentan —en este caso, políticamente— de los muertos. Naturalmente que para ello han de contar con una superstición popular que siga este movimiento. De otra forma, el acto sería solamente ridículo y carecería de sentido.



El más popular de los cadáveres errantes ha sido sin duda el de Eva Perón. A la derecha, foto que según se dice corresponde a Caamaño. Pero, ¿es este, en realidad, el cuerpo del coronel Caamaño? Y si lo es, ¿cuándo le mataron?



civilizaciones? En términos políticos podría decirse que es, sobre todo, la continuidad y la preservación de los vivos, que quieren seguir a la sombra de quien les protegió y representó. Por eso, en los casos contrarios, los cadáveres se destruyen. Israel no solamente ejecutó al nazi Eichmann, sino que quemó su cuerpo suplicado, y no bastó con la incineración, sino que sus cenizas fueron luego aventadas sobre el Mediterráneo desde un avión. Por eso la necrolatría en política es algo distinto a los movimientos religiosos de conservación de reliquias o a los primitivos de garantizar una supervivencia física, aunque esté relacionada con ellos. La política práctica es una utilización de to-

En el caso del cadáver de Pétain, su robo ha sido hecho en vísperas electorales, para colocar al Gobierno en una situación difícil y fortalecer las menguadas fuerzas de la extrema derecha, que son muy pocas —entre un tres y un cuatro por ciento de los votos, en los cálculos más favorables a ellas—.

Pétain tuvo un momento de gloria, que fue el de la batalla de Verdún. Se le consideró en ese momento como «salvador de Francia», aunque haya podido haber críticas de otros militares a su actuación de entonces. En 1938 redactó un testamento en el que decía que su mayor desecho era el de ser enterrado en Douamont: es decir, en el cementerio militar



El mariscal Pétain, con Goerlin

nacional, donde reposan los restos de los soldados muertos en la batalla de Verdún, en el mismo lugar donde cayeron cuando contenían la ofensiva alemana en 1917: una batalla que causó quinientos mil muertos por ambos bandos. Pero el mariscal Pétain fue la contrafigura de sí mismo cuando aceptó ser algo así como un delegado de Hitler tras la derrota de 1940. Firmó el armisticio con el enemigo y mantuvo el Gobierno colaboracionista de Vichy, mientras el general De Gaulle organizaba la Francia Libre en Londres y las guerrillas —los «maquisards»— mantenían la resistencia en el país. Un argumento importante empleado en favor de Pétain fue el de que representó deliberadamente un papel sacrificial: aceptó la colaboración para mantener una sombra de Francia, una posibilidad futura de restablecer la nación (¿y si hubiesen ganado los alemanes?), incluso una resistencia legal frente al ocupante. Con otro resultado de la guerra mundial, Pétain hubiese sido el salvador, De Gaulle el traidor... Son los argumentos de los petenistas y los esgrimidos por los abogados del mariscal en su proceso. Se consideraron inconsistentes. Sobre todo teniendo en cuenta que la ideología política de Pétain durante toda su vida fue muy favorable a un fascismo, y que la Constitución que promulgó en Vichy era corporativista. Es decir, el mariscal Pétain representaba de una manera muy visible las ideologías vencidas en la guerra. Además de esto, había una rara relación entre él y De Gaulle.



Con el robo de su cadáver se ha pretendido situar a Pompidou ante un dilema.

El general victorioso había sido oficial de Pétain: le había dedicado su primer hijo —que por eso se llama Philippe, como homenaje al mariscal— y su primer libro. Parece que Pétain, sin embargo, nunca consideró interesante al joven oficial, y le distanció. Hay comentaristas de la historia reciente francesa que dicen que el verdadero motivo que tuvo De Gaulle para irse de Francia a Londres no fue político, patriótico o militar, sino el de enfrentarse, finalmente, a Pétain, imagen del padre ambivalente... Cuando sobrevino el proceso, en 1945, De Gaulle pidió a los jueces militares que aplicasen todo su rigor; cuando le condenaron a muerte, aplicó su gracia de Jefe de Estado y la conmutó por la de prisión perpetua. Pétain, que tenía ochenta y nueve años cuando fue condenado, vivió hasta los noventa y cinco en una prisión muy atenuada: una casa en la isla de Yeu. Fue allí donde murió en 1951. En ese momento comenzó la polémica del entierro. La familia y los abogados —Isorni y Tixier Vignancourt, que hoy dirige el partido de extrema derecha— solicitaron que se cumpliera el testamento del mariscal, y se le enterrase en el cementerio nacional de Douaumont. De Gaulle y la mayor parte de los ex combatientes se opusieron, en razón de que un traidor no podía estar enterrado entre héroes. La polémica se hizo metafísica. El cadáver de la isla de Yeu, ¿representaba al héroe o al traidor? ¿Qué fragmentos de la vida de un hombre han de tenerse en cuenta cuando se considera su biografía como concluida?

El cadáver continuó en la isla. Recibía flores, visitas, homenajes. El cementerio estuvo guardado: con el tiempo dejó de estarlo. Era una simple curiosidad turística, y, aparentemente, un punto de cita de nostálgicos, o de viejos compañeros de Vichy... La polémica se fue apagando, pero se conservaba aún. En 1971, al cumplirse los veinte años de la muerte del mariscal de Francia, se hizo una encuesta de opinión pública: el setenta y dos por ciento de los consultados eran partidarios de que se cumplieren los deseos testamentarios de Pétain. No se cumplieron.

El robo es una señal de vitalidad de la extrema derecha. Puede dar ánimos a sus desfallecidos seguidores: puede —se piensa— acarrear algunos votos. Pero, sobre todo, pretendían castigar al degolismo, representado por Pompidou.

Se trataba de situar a Pompidou ante el dilema de, al aparecer el cadáver, devolverlo a la isla de Yeu o llevarlo al cementerio nacional. En el primer caso, aparecería como un continuador de la venganza; en el segundo, estaría en contradicción con De Gaulle, del que se pretende continuador, podría ser calificado de derechista, de blando ante el hecho consumado...

La familia del mariscal ha facilitado la solución del problema. Cuando el cadáver ha sido hallado y sus profanadores detenidos, la familia ha pedido que el cadáver regrese a Yeu, «sin perjuicio de que más adelante pueda ser trasladado a Douaumont...». ■
JUAN ALDEBARAN.

Los Contem pora neos

EL MORBO POLITICO

La clase política española se está politizando. Es inquietante. La clase política española viene, desde hace mucho tiempo, advirtiéndonos a todos del progreso continuo de la politización y de lo necesario

que es hacer algo para que esto se detenga. Se han politizado la Universidad, el arte, la literatura, el teatro... ¡Los colegios profesionales! La política, que durante mucho tiempo ha estado reservada estrictamente a su verdadera función, que es la del fútbol en particular, y el deporte en general, en el cual toda participación es poca, ha ido desbordándose lentamente —al principio, rápidamente ahora— hacia la vida pública, donde cualquier participación es excesiva. Se infiltra en la vida nacional. Es curioso observar cómo, desde hace algún tiempo, hasta los periódicos se ocupan de política. No hay ya periódico en el país que no tenga algún fino especialista del lenguaje y del "feed back", ocupado en hacer sus filigranas políticas.

Durante algún tiempo se pensó que el tema podría contenerse ahí. Incluso que podría formarse un cierto remanso de la corriente política en los periódicos. Alguien inventó la frase de "el parlamento de papel", paráfrasis, sin duda, de Fernández Flórez (que hace muchos años escribió "El país de papel"). Los periódicos, que habían podido mantenerse a salvo durante mucho tiempo, estaban inundados. Se habían limado a condenar a los malos y a ensalzar a los buenos, cumpliendo así una misión nacional de primera magnitud. Ahora comienzan a embarullarse las nociones de bueno y malo. Y eso, precisamente, es la política. Claro es que aún hay unos malos-malos que son indefendibles, y unos buenos-buenos que no son criticados. Pero el campo intermedio se va ampliando. Y el morbo de la política se extiende.

Ahora, la política alcanza ya a los políticos. Es el último paso, el más peligroso. Supongamos que, de alguna manera, podrá contenerse. Pensar que los encargados de despolitizar

la vida nacional, la vida pública, pueden finalmente politizarse ellos mismos, es algo tan terrible como la historia del alguacil alguacilado, de Quedo. Los políticos están formando ya sus oposiciones, incluso

haciendo una competencia ilícita a las oposiciones exteriores al sistema.

Afortunadamente, la base popular parece conservar su despolitización. Las encuestas Ibsa-Gallup, que publican "Informaciones" y "El Correo Catalán", dan como consecuencia la existencia de unas grandes masas de "desinterés mayoritario de los españoles por los problemas estrictamente políticos", según comenta "Informaciones". Sin embargo, yo no veo tan claro esto. Lo que veo es que en los temas políticos la inmensa mayoría "no opina". No opinar es no expresar una opinión, que no es lo mismo que no tenerla. No expresar una opinión es, desgraciadamente, politizarse. La verdadera masa apolítica es la que aprueba, la que afirma, la que responde "sí". La que se abstiene es negativa. Nixon quiso llamarla así con la expresión de "mayoría silenciosa". No fue una operación afortunada: finalmente, ha tenido que resolver los problemas nacionales con arreglo a la mayoría —o minoría— que se expresó.

El apoyo en los supuestos despolitizados, o apolitizados, no le dio resultado. En Francia ocurre una aventura semejante. De Gaulle quería "lavar de política" varios estamentos: el Senado, los sindicatos... La palabra "lavar" indica ya que consideraba la política como una mancha, como una suciedad. Su primer ministro, Debré, explicaba a la Asamblea: "Se nos impone a todos la exigencia de no abrir litigios revistiendo los problemas fundamentales con el mando tornasolado del vocabulario llamado político, pero en realidad partisano. La necesidad de la despolitización nacional es un imperativo superior". Y, sin embargo, el sueño del apolitismo está pereciendo, va a morir en las elecciones del domingo...

POZUELO